

más y consecuencia de todo, estas ciudades eran municipios verdaderos, formados por una próspera clase media, que convencida de la necesidad de una sólida instrucción de las generaciones venideras, empleó sus poderosos medios para llamar los maestros mas eminentes y fundar dentro de su recinto excelentes establecimientos de instrucción.

CAPITULO IV

LAS ESCUELAS

Cuando Lutero invitó á los ayuntamientos y jefes de ciudades, en 1524, á que estableciesen y sostuviesen escuelas en sus respectivas poblaciones, existían ya muchas elementales y otras superiores en todas partes; un teólogo del año 1470 dijo también que los niños debían ser enviados temprano á las escuelas dirigidas por maestros respetables, lo cual prueba la alta importancia que daban ya entonces los jefes espirituales en Alemania á la instrucción de la juventud, y muchos otros datos y documentos fidedignos prueban que las escuelas eran muy frecuentadas y los maestros y profesores muy respetados. La instrucción que se daba en estas escuelas era, hasta el segundo tercio del siglo xv, exclusivamente elemental, y en lo principal religiosa, hasta que á fines del siglo citado empezó á manifestarse la tendencia, hija de los estudios humanistas, á dar á la enseñanza mas amplitud é incluir en ella las nuevas materias. De las escuelas que adoptaron el nuevo derrotero, algunas no tardaron en adquirir grande fama, como entre otras las de Schlettstadt (Alsacia), Deventer (Frisia occidental) y Munster (Westfalia). Ellas nos pueden servir de muestra de lo que eran las escuelas que se dedicaron á la enseñanza de las humanidades, y de lo que eran también sus profesores, además de darnos noticia de sus discípulos mas eminentes.

Entre las escuelas citadas y sus directores merece ocupar el primer puesto la de Schlettstadt y su maestro director Luis Dringenberg. Solían comparar los contemporáneos esta escuela con el caballo de Troya, porque si del vientre de aquel caballo salieron armados los héroes griegos, de la citada escuela salieron también humanistas armados y á punto de esgrimir sus armas en el campo literario. Esta comparación no era del todo exagerada, á pesar de no ser el director de la escuela gran sabio ni gran latinista, ni menos un adalid inflexible y consecuente, en materia de principios, de la nueva era de ilustración.

Respecto del latin, baste saber que á pesar de todas sus explicaciones encaminadas á inculcar á sus alumnos las reglas de la gramática y á omitir los comentarios difusos que en lugar de aclarar ofuscan el sentido del texto, admitió por buena la siguiente traducción hecha al latin, por uno de sus alumnos mas aprovechados, del adagio favorito de Dringenberg: «No tengas en tu casa ni mono viejo, ni clérigo joven, ni oso no domesticado.»

*Inoeterata pati non simia debet in aedes,
Ursus silvestris, presbiter et juvenis.*

El mismo hizo los siguientes versos referentes á la muerte del duque de Borgoña:

*Oppida trina tibi, dux Carole, dura fuere,
In rebus Gransen, grege Murthen, corpore Nansen.*

Peor que esto era que todavía se le hacia un cargo de conciencia el haberse cuidado tanto del latin y de los autores gentílicos antiguos, y quiso dedicarse en adelante exclusivamente á meditaciones y ejercicios religiosos. Comunicó su resolución al ya mencionado patricio Gossembröt, de Augs-

burgo, pero este desaprobó el proyecto piadoso y debió de disuadirle de semejante idea, pues que Dringenberg continuó en su puesto todavía veinticuatro años, hasta su muerte, que ocurrió en 1490. Estas ráfagas de arrepentimiento al aproximarse la vejez, las hemos visto ya en muchos humanistas del primer período.

Uno de los alumnos mas notables del citado director de la escuela de Schlettstadt fué Pedro Schott, que vivió desde 1458 hasta 1490, y fué uno de los primeros hijos de familia opulenta de la clase media que se dedicó á los estudios modernos. Pasó despues á Italia para perfeccionarse en ellos y tuvo criterio bastante independiente para hacer la debida distinción, en el Renacimiento italiano, entre el fondo excelente, y los accesorios puramente exteriores, y para reconocer, al propio tiempo, que si bien era la instrucción en Alemania inferior á la italiana, no por esto merecía que se la tachara de bárbara. En esto era Schott juez competente, pues habia estudiado cuatro años leyes en Bolonia y pasado despues á visitar detenidamente á Roma y otras ciudades. Cuando regresó á su ciudad patria, que era Estrasburgo, fué allí el único que sabia el griego. Estudió entonces teología, porque la jurisprudencia le parecia «una ciencia tonta;» pero siempre fué partidario y apóstol firme y celoso de las letras humanas y enemigo de la ignorancia, sin perjuicio de ser celoso católico. Como teólogo escribió contra los abusos en la Iglesia, como la acumulación de prebendas, y excitó al famoso Boleslao de Hassenstein, á quien habia conocido en Italia, á que empleara su influencia para someter á los husitas á la Iglesia de Roma. En cambio protestó enérgicamente en 1485 contra el decreto del papa Sixto IV que prohibía admitir en los cabildos de las catedrales á toda persona que no fuese noble. Con el deseo, probablemente, de contribuir á la creación de una especie de lazo de union entre los hombres científicos y literatos, tuvo Schott la costumbre invariable de ponerse en correspondencia con cuantos autores llegaron á su noticia, afan que no puede atribuirse á vanidad ni á ambición, ni al deseo de darse á conocer y cobrar renombre, porque era modesto, sencillo y solo pensaba en aumentar sus conocimientos. Pidió ingenuamente á los hombres mas afortunados explicaciones sobre ciertos vocablos y expresiones, y siguió su correspondencia en aleman. Era amante de su patria, como lo muestran sus poesías latinas, en las cuales, con su correspondiente dosis de mitología, á imitación de los humanistas italianos, ensalzaba á su ciudad patria, Estrasburgo (*Argentoratum* en latin), la ciudad argentina que merced á su sabio gobierno conservaba su libertad. También unió su voz á la de los panegiristas del entonces jóven emperador Maximiliano, que con sus empresas guerreras se proponía dar nuevo brillo á la fama de los antiguos alemanes.

Las obras menores de Schott (*Lucubrationes*, 1498) no tienen importancia ni son obras maestras de literatura, pero proclaman en alta voz las cualidades excelentes de aquel corazón noble, en que ardía la llama pura del deseo de saber siempre mas y mas. La posteridad le hizo justicia y publicó sus obras para honrar la memoria de aquel apóstol modesto y activo de la instrucción, y especialmente de las humanidades.

A la muerte de Dringenberg continuaron sus sucesores en la dirección de la escuela de Schlettstadt siguiendo sus huellas. Como él eran partidarios de las reformas en la enseñanza y en los estudios, pero no eran revolucionarios y trabajaban avanzando paso á paso, como lo pedían las circunstancias de la época. En 1490 encargóse de la escuela Crato Hoffmann, de Udenheim, profesor excelente, devoto y de vida intachable, grave y severo unas veces, festivo y comunicativo otras, según convenia. Comprendía también el fondo y la forma y

belleza de las obras clásicas antiguas, pero le faltaban originalidad é independencia de criterio, y seguía en todo ciegamente las opiniones de su maestro Wimpeling, tanto que publicó y dió á sus alumnos por libro de lectura una obrita escrita por algun compañero ó amigo de Wimpeling, y que bajo el título de: *De fide meretricum*, trataba en tono burlesco-satírico del amancebamiento, en términos bastante claros para hacer el libro peligroso para adultos, cuanto mas para muchachos.

A la muerte de Hoffmann siguió en la dirección de la escuela, en 1501, Jerónimo Gebroyler, que vivió desde 1473 hasta 1545, y pasó primero á Estrasburgo y despues á Hagenau. Mas que otros se ocupó en comentar las producciones literarias de su tiempo, adoptó por libro de texto la gramática de Cocleo y las poesías de Bautista Mantovano y de su colega Gresemundt; publicó la introducción á la ética de Aristóteles, escrita por Lefevre d'Étaples, y escribió en 1519 una obrita titulada: *Libertas Germania*, para probar que los alsacianos eran alemanes y pertenecían al imperio, admitiendo tranquilamente la fábula de que descendían de los troyanos. También publicó en 1521 un panegrico del emperador Carlos V, al cual excita á defender la fe católica. Además trató de la vida de los santos, de la genealogía de la casa de Habsburgo, como compilador laborioso y encomiástico, sin criterio, y á sabiendas parcial; escribió meditaciones religiosas y polémicas, porque era católico romano acérrimo, enemigo declarado de los protestantes, aunque no ignoraba los defectos de la Iglesia católica, la conducta inmoral del clero y los abusos de la corte papal, á los cuales atacó públicamente antes y despues de la separación formal de los protestantes del gremio de la Iglesia católica. Finalmente hizo una edición de las comedias de Plauto. Gobernó la escuela de Schlettstadt hasta el año 1509. Uno de los discípulos que tenía á pension en su casa describió su método de enseñanza en estos términos: «Por la mañana nos hace repasar la gramática (de Alejandro de Villa Dei); á las 9 nos explica trozos de autores antiguos, como Horacio, Ovidio y otros; por la tarde leemos las obras de Bautista Mantovano. Los lunes hacemos ejercicios métricos en verso. A las 4 de la tarde repasamos todo lo que durante el día nos ha sido enseñado.» Las explicaciones del maestro, como se ve por las muestras que se han conservado, estaban calcadas maquinalmente sobre las de los autores antiguos.

Sucedió á Gebroyler, despues de un intervalo de mas de un año, en 1511, Juan Sapido, que dirigió la escuela hasta 1525. Uno de sus discípulos, que ya habia visitado otras varias escuelas, Tomás Platter, escribió sobre la de Schlettstadt: «Esta fué la escuela que me pareció bien dirigida.» Este escolar refiere también que en aquel país no se enseñaba el griego en ninguna parte, que fuera del maestro nadie poseía un libro impreso, y que el maestro dictaba las lecciones, los ejemplos y las explicaciones, de modo que cuando los alumnos volvían á su casa llevaban una carga de manuscritos suyos. Nada menos que 900 alumnos habia entonces en la escuela de Schlettstadt, reinando entre ellos bastante orden. Por aquel tiempo enseñóse también allí el griego; los alumnos no debían aprender como antes, todo de memoria, y eran tratados personalmente algo mejor que antes, cuando el calabozo, el palo, los azotes y otros tratamientos bestiales constituían todo el gobierno interior.

Sapido habia nacido en 1490 y estudiado bajo la férula de Gebroyler, siendo como este partidario fanático de Wimpeling, que además era pariente próximo suyo, todo lo cual no tuvo, sin embargo, bastante fuerza para retener á Sapido en el gremio católico, y como su mismo pariente le amenazaba con denunciarle á la inquisición y como la población

continuase fiel á Roma, renunció su plaza de maestro en 1525, para pasarse al campo de la reforma religiosa. En 1538 obtuvo una plaza de maestro en Estrasburgo, donde murió el año 1561. Sin ser reformador militante y propagandista, era muy apreciado de Lutero y honrado de Zwinglio, que vió en él un obispo modelo del porvenir. Era celoso partidario de Erasmo, pero escribió poco. En 1520 publicó una colección de epigramas en verso en que alaba, satiriza y menciona á muchas personas, ora por sus circunstancias morales, ora porque ridiculizaban al bello sexo, ora porque eran ignorantes y despreciaban la enseñanza del griego, ó porque eran fanáticas estúpidas, como aquellos que quisieron un día, á fuerza de palos, obligar á un judío á comer carne de cerdo, y no supieron qué contestar cuando el judío les preguntó si la base de la religión cristiana era el consumo de esta carne. En otros recomienda y encomia el cristianismo y la teología verdadera, que no consisten en ceremonias y formas exteriores sino en la virtud y el amor al prójimo.

Lo que para el Mediodía y Oeste fué la escuela de Schlettstadt, fué para el Norte la de Deventer mientras la dirigió Alejandro Hegio, que llegó á esta población en 1474 y murió en ella el año 1498, á la edad de 65 años. Tan grande fué su actividad y tan brillantes resultados obtuvo que su fama se extendió muy lejos y sus discípulos se gloraban de haberle tenido por maestro. Entre las notabilidades literarias y científicas que se encontraron en este caso y lo reconocieron con orgullo, citaremos solamente á Erasmo, Busche, Juan Cesario, G. Listrio, Murmelio y Muciano.

Hegio nunca llegó á ser un erudito profundo, pero amaba el estudio, tanto que pasaba las noches entre sus libros y cuando el sueño le dominaba, cogía en la mano izquierda un cabo de vela encendido para que se quemara los dedos cuando se durmiese y volviera así á despertarse. Uno de sus discípulos publicó, despues de la muerte del maestro, sus obras, que consisten en pequeñas poesías, disertaciones filosóficas, notas gramaticales, correspondencias en aleman de expresiones latinas y cartas. Unas y otras demuestran un conocimiento nada comun de la lengua latina, facilidad en su manejo y afición á juegos de palabra. También sabia medianamente el griego, cuya utilidad ensalza en algunos versos para comprender mejor muchos vocablos latinos y en especial los usados en la Iglesia. Dos comentarios, uno á la gramática de Alejandro y otro á las poesías del devoto Bautista Mantovano, que en aquella época eran la lectura favorita en las escuelas, se han perdido; pero el simple hecho de haber juzgado digno este último libro de su comentario, probaría bastante que Hegio era también un católico devoto, si no lo probasen ya sus poesías, dirigidas unas á la Virgen, otras á la pasión y resurrección de Cristo, y otras á cantar las glorias de varios santos, principalmente San Andrés y Santa Agueda. Estas poesías están todas en metros antiguos complicados, que tienen en la misma obra su explicación. También dedicó versos á varios contemporáneos suyos y á la ciudad de Deventer, á la cual hizo célebre. Entre los primeros figuran los literatos nobles Busche y Langen, á quienes Hegio felicita por sus esfuerzos para sacar la Alemania de la barbarie. En varios escritos ataca á los que escriben pronósticos y se atreven á saber el porvenir; se lamenta de los males que sufre la humanidad, y entre ellos no se olvida de mencionar, despues de las epidemias y guerras, la moneda de baja ley. Finalmente ataca la pereza y la envidia, ensalza la justicia y recomienda como la ocupación mas digna los estudios.

Su mérito principal no está en sus trabajos literarios sino en los pedagógicos, en su campaña enérgica y eficaz contra los libros de enseñanza rutinaria de la Edad media, y en su perse-

verante recomendación de los clásicos como únicas fuentes del buen latín, por cuya razón ha dicho de él Odon Yahn (1): «Había nacido para maestro, siendo uno de aquellos que educan, enseñan, despiertan las inteligencias, las vigorizan y entusiasman, no solamente con sus lecciones verbales sino, sin saberlo ni quererlo, con todo su ser, su comportamiento y costumbres, y encuentran en esta misión su mayor placer.» Hegio era también modelo de moralidad. Fué al principio vividor alegre, pero con los años volvióse serio y severo, prefiriendo solo para lectura las obras piadosas, y en sus últimos años hizo ordenar cura. Jamás menguó su afecto á sus alumnos y á los pobres, tanto que cuando murió no dejó, de todo su caudal considerable, mas que sus ropas y libros.

De él dijo un discípulo agradecido, Juan Butzbach, que había llegado á Deventer é ingresado en la escuela de Hegio el mismo año de su muerte: «Este, sí, fué un varón digno de completa alabanza y que, efectivamente, en vida y después de su muerte ha sido justamente encomiado por las personas inteligentes y doctas. Cual faro brillante destacábase entre sus conciudadanos por su honradez, como entre los doctos por su vasto saber y su grandísimo talento.»

Juan Butzbach fué digno de su último maestro; era varón instruido y piadoso, que renunciando á toda fama de literato, solo escribió tratados religiosos y reunió apuntes sobre las personas doctas de su tiempo; pero mas interesante que todo esto es su *Hodoporicón*, ó sean las memorias de sus correrías estudiantiles, en las cuales describe en lenguaje sencillo y entretenido las vicisitudes por que pasó en las escuelas que visitó y entre los escolares con quienes vivió. Todo esto reunido nos da una idea de lo que eran en aquel tiempo las escuelas y los estudiantes de Alemania.

Butzbach, que se llamaba á sí propio Piemontanus porque había nacido (en 1477) en Miltenberg (monte suave), en Baviera, era hijo primogénito de un pobre tejedor, que teniendo otros hijos mas jóvenes, cedió gustoso al deseo de una parienta rica, sin familia, y piadosa, que adoptó al mayor, para el cual fué una segunda madre. Su cariño no la impidió, antes la impulsó á enviar al joven á la escuela, venciendo su repugnancia ya con bollitos ya con medios persuasivos menos agradables. Por desgracia, murió la tía, y por grande que fuese el dolor del joven, se consoló hasta cierto punto con la esperanza de que cesaría la dura é implacable ley de ir á la escuela; pero se equivocó, porque sus padres siguieron el sistema de la tía, y cuando el joven rehuía la asistencia, no le valía ninguna de sus astucias, que siempre eran descubiertas, y cuando se ocultaba, era conducido á viva fuerza á la escuela, donde según costumbre general de la época, se le saludaba á su llegada con un buen vapuleo. En esta clase de castigos el maestro se mostró tan cruel que los padres no pudieron menos de sacar á su hijo de una escuela dirigida por aquel domine feroz, que luego recibió otro empleo mas conforme con su carácter, á saber, el de alguacil del juzgado municipal. Juan creía ya haber escapado para siempre de la esclavitud, y en su ignorancia infantil casi se alegró cuando sus padres le confiaron en calidad de novel á un escolar ambulante, ó mejor dicho, vagabundo, que casualmente se encontraba en la población, para que le llevara consigo á la escuela á que asistiese.

Poco duró la alegría del joven Butzbach, porque su mentor y compañero era un vago que solo corría el mundo para vivir alegremente á costa del pueblo y se servía del adolescente á guisa de criado y de perro para que le proporcionara

(1) Arqueólogo, filólogo y crítico de obras de arte, catedrático en varias universidades y academias alemanas y autor de muchas obras. Murió en Göttinga en 1869, á la edad de 56 años. (N. del T.)

de cualquier modo comestibles y dinero. Esta era la situación de los escolares noveles, aun después de ingresar como Butzbach en la escuela, además del mal trato correspondiente, y de los golpes, palos y vituperios de su amo y de los demás escolares, sin contar los peligros y encuentros dolorosos con la patrona, con los vecinos cuyas despensas y corrales tenían que saquear, con los perros y con los corchetes, todo para servir á su amo y morir de hambre y de los malos tratamientos. Maravilla es que algunos de estos jóvenes desgraciados, á quienes sus padres destinaban al estudio, se salvaran moral y físicamente y que no pereciesen todos. Ciertamente debían tener un carácter y temperamento físico robustos los jóvenes que se salvaron y llegaron á ser algo, y uno de estos fué Juan Butzbach.

Por lo pronto, siguieron amo y criado recorriendo tierras, aldeas y ciudades del Sudoeste de Alemania, quedando encargado el joven, para quien fué cada día mas insoportable su triste situación, de pedir limosna para su amo en todas partes, y cuando el producto no respondía á los deseos de este, tenía que robar, á pesar de su resistencia. Una vez quiso obligarle el vagabundo á cavar en busca de algun tesoro con las precauciones imprescindibles (1), y Butzbach pudo librarse de ejecutar esta operación, peligrosa en Alemania, pero le costó gran trabajo eludirla. Así pasaron entre otras tierras y ciudades por Nuremberg, Bamberg, Regensburg, y llegaron á Eger, en Bohemia, donde el escolar viejo se decidió á ingresar con su fámulo en una escuela. Allí resolvió el joven abandonar á su tirano; la primera tentativa se frustró, y la consecuencia fué un castigo inhumano que le impuso su amo, pero á la segunda consiguió evadirse y llegar á donde hoy está situada Carlsbaad, que entonces constaba solo de un castillo y algunas casas. Allí pudo curarse el infeliz sus heridas y magulladura, reforzar su cuerpo extenuado y entrar de mozo en una posada, que en aquel tiempo se había establecido para los que visitaban el lugar á fin de curarse de sus dolencias en sus salutíferas aguas. Al poco tiempo le sacó de allí un noble bohemio, llevándosele como criado, y luego pasó al servicio de otro y otros, que le regalaban ó vendían como se regala ó vende cualquier objeto y como se hacia con los siervos.

En este período de su vida tuvo que presenciar y tomar parte el desgraciado Butzbach en las iniquidades de sus amos, entonces cosa corriente entre los nobles, pero aprendió en esta situación el idioma checo y las costumbres de Bohemia; y también visitó á Praga, cuyas magnificencias le extasiaron, bien que le disgustó allí, como en otras partes de Bohemia, la herejía husita, que á la sazón dominaba. Cuando hubo pasado tres años del modo indicado, en Bohemia, se apoderó de él un deseo tan vivo de volver á su patria que resolvió huir, y aunque creía en la magia negra, despreció el auxilio de una bruja que le prometió llevarle en día y medio á su ciudad natal, y apeló á sus propias piernas.

Mucho tardó y mucho hubo de sufrir antes de llegar á Miltenberg, por varias circunstancias. En una ciudad tuvo que trabajar de carnicero; otra vez le fué forzoso engañar á un comerciante contándole una historia de peripecias que le habían colocado en una situación desgraciada, siendo hijo de padres nobles, todo para que el comerciante le llevara con-

(1) En Alemania aun hoy se considera al soberano señor del territorio y de lo que oculta; todo lo que no tiene propietario conocido, pertenece al soberano, y aun el nuevo código del Imperio nuevo considera como sustracción criminal (antes era hurto) todo hallazgo de objeto grande ó pequeño, tenga amo conocido ó no, que no se denuncia y entrega á la autoridad. Si el objeto hallado no tiene amo, pertenece al soberano del respectivo país, que según su legislación especial tiene determinado para el que halla la cosa un hallazgo ó recompensa que llega, por lo general, á la tercera parte del valor. (N. del T.)

sigu un corto trecho. Cuando finalmente llegó á su pueblo, supo que su padre había pasado hacia mucho tiempo á mejor vida y que su madre se había vuelto á casar, mas su padrastro le recibió bien y al cabo de poco tiempo llevó al joven á Aschaffenburg en calidad de aprendiz á casa de un sastrero. Pasó el tiempo de aprendizaje con todos sus males, y habiendo llegado á oficial, se trasladó á trabajar á Maguncia, ciudad de conventos, donde después de una infancia y adolescencia de no interrumpidos sufrimientos inaguantables, se apoderó de él el deseo de reposo y de tranquilidad, y consiguió en el vasto monasterio de Johannisberg la plaza de sastrero. Allí, libre de penas y de miseria, se despertó en él un deseo irresistible de estudiar, y á pesar de no saber mas que los primeros rudimentos de la instrucción y de tener ya veintinueve años, no dudando de su fuerza y perseverancia, resolvió arrostrar otra vez el combate duro de la vida. Despidióse, pues, del monasterio y marchó á Deventer, donde ingresó en su célebre escuela, teniendo que principiar en la clase de los niños. Allí su aplicación, su voluntad enérgica y sus facultades mentales, que súbitamente se habían despertado con irresistible empuje, vencieron todas las dificultades, y en el espacio de dos años subió de la primera clase elemental hasta la quinta. Al gran trabajo de estudiar y aprender, se agregaba otro mayor, el de proporcionarse la manutención, que el pobre se había de ganar trabajando en su oficio de sastrero. Luego estuvo enfermo, por no estar acostumbrado al clima, y finalmente tuvo que resistir á las tentaciones de sus compañeros, que le importunaban para que abandonara con ellos la escuela; pero firme siempre, aguantó en su puesto hasta que el abad de Laach le persuadió á él y á un condiscípulo suyo á que entraran en su convento. Aceptaron los dos amigos y en diciembre del año 1500 dejó Juan Butzbach la escuela y marchó á pie hasta Laach, siguiendo el Rhin; entró en el convento, y después de un corto noviciado profesó y vistió el sayal de fraile, contento y feliz de su asilo y de hallarse en medio de hombres virtuosos, extasiado ante la hermosa naturaleza y los bellos edificios que fueron su morada hasta su muerte, que ocurrió en el año 1526.

La escuela de Deventer perdió rápidamente su importancia bajo la dirección de los sucesores de Hegio, y á consecuencia de haberse abierto otras escuelas en Emmerich, en Münster y en Alkmaar, es decir, al Sur, al Este y al Noroeste. Una de estas escuelas, la de Münster, merece especial mención por los varones que la dirigieron en el primer período de su existencia, los cuales, aunque no fueron grandes sabios dieron muestras de laboriosidad y perseverancia como pedagogos é hicieron prosperar la escuela como consecuencia de su actividad. Eran Rodulfo de Langen y Juan Murlmelio.

El primero, que vivió desde 1438 hasta 1519, era hombre sedentario, muy al revés de los demás literatos de aquel tiempo, que cambiaban cuanto podían de residencia. Solo visitó diferentes veces la Italia, permaneciendo siempre largas temporadas en aquel país con el objeto de aprender, pero sin dejarse contagiar por las ideas anticlesiásticas y las costumbres frívolas de los humanistas italianos. Entrado ya en años cuando se encargó de la dirección de la escuela, era todavía ágil, robusto, amigo de la juventud y protector eficaz de los mas pobres. Sacerdote excelente pero poeta menos que mediano y autor histórico sin ninguna cualidad para esta clase de trabajos, no se propuso mas objeto que la reorganización de la enseñanza en el país de Münster, contra viento y marea, contra los obstáculos que encontró en la misma ciudad como contra los trabajos de los teólogos de Colonia; y en efecto, consiguió su propósito de introducir los estudios modernos en la escuela de la catedral de Münster, para cuya dirección se llamó á Hegio, que no admitió por no

abandonar la suya de Deventer. La escuela regenerada fué abierta en el año 1500 con cuatro clases, á las cuales se agregaron diez años después otras dos, y en 1512 una de griego. La enseñanza principal, sin embargo, tenía por base la religión, como establecimiento eclesiástico; en segundo lugar venía el latín, con sus anexos la filosofía, la poética, la retórica y la dialéctica. El carácter humanista de la escuela se demostró desde el primer día con la preferencia que se dió al estudio del latín, así como igualmente en el método de enseñanza, y después con la sustitución de los libros anticuados de la Edad media por otros modernos y mas prácticos. A esta última innovación contribuyeron tres literatos que merecen un puesto en la historia del humanismo alemán. El primero fué Timon Kemner (1470-1535), primer rector de la escuela de Münster, pedagogo notable, escritor laborioso y autor de compendios de lógica, retórica, dialéctica é historia natural, calificados por uno de sus enemigos, en vez de compendios, de *dispendios* de los alumnos. Al principio de su carrera pedagógica había escrito comentarios á los libros de enseñanza de la Edad media, pero después condenó él mismo estos trabajos cuando se entregó á la corriente moderna, á pesar de que la modestia no era su mayor virtud, porque aunque fuese á costa de otros, le gustaba hacer valer su mérito.

El segundo de los tres pedagogos fué Antonio Tunicio (1481-1544), cuyo principal mérito consiste en la publicación de la primera colección de refranes alemanes, y en su inteligente elección, con su explicación en exámetros latinos. Tanto este último hecho como la admisión de adagios latinos, las recomendaciones repetidas del estudio de la lengua latina y el espíritu y carácter general de la colección, permiten suponer que el autor era hombre religioso, pero anticlerical é inclinado á la corriente humanista.

El tercero y mas notable del grupo fué Juan Murlmelio, que vivió desde 1480 hasta 1517. A consecuencia de divergencias que tuvo con Kemner, salió de la escuela de la catedral y aceptó la dirección de otra escuela anexa á la iglesia de Santa Ludgarda, en la misma ciudad. Posteriormente pasó de director á la escuela de Alkmaar y supo elevarla á un alto grado de prosperidad. Era Murlmelio pedagogo, filólogo y poeta, de carácter grave, agresivo, arrojado y brutal en sus escritos sobre las cuestiones candentes de su tiempo; de manera que su temprana muerte fué debida probablemente á la venganza de algun enemigo suyo. Por lo demás, era hombre religioso, defensor ardiente de la teología, aunque no extendía su defensa á los teólogos, pues en sus obras pedagógicas, que son en número de 25 y que tan buena aceptación tuvieron que una de ellas había llegado, á fines del siglo pasado, á la 77.^a edición, dice que «no hay cosa peor que ser instruido y perverso,» y que: «Vale mas ser ignorante que aprender siendo impuro,» y en otra parte advierte que en sus escritos todos, «rechaza lo que no está mandado ó adoptado por la Iglesia romana.»

Tres de sus obras pedagógicas merecen ser mencionadas aquí. La primera lleva el título de: *Enchiridion scholasticorum* (Manual escolástico), en la cual discute el mérito relativo de las enseñanzas pública y privada y se decide por la primera; insiste en la necesidad de instruirse, de la cual no exceptúa á los príncipes; celebra la benéfica invención del arte de la imprenta; siente que Italia ejerza el primado intelectual; enumera las obligaciones de los maestros y de los alumnos; recomienda el desarrollo corporal á la par del moral, y propone, finalmente, un plan metódico de enseñanza. En este plan aconseja empezar por la gramática, pasando después á la poética, que debe estudiarse bajo todas sus frases, luego á la dialéctica, de la cual dice que aguza el ingenio y no es mas que una preparación para la filosofía, así como la enseñanza